

EL ESTADO DEL CONTROL SOCIAL

Resumiendo una vez más la aseveración que subyace en el presente trabajo, mi meta principal ha sido la de delimitar el uso sociológico que se ha hecho del concepto de estado y aclarar cuál es la deuda que éste tiene con las teorías legales y filosóficas que han determinado el significado cambiante de dicho concepto en el transcurso de la historia. En el estudio del control social no se puede tratar al "estado" como una variable independiente. Sin embargo, el analista social está interesado en describir aquel efecto particular del control social que consiste en una orientación hacia el estado por parte de los miembros de la sociedad, así como en saber cuál es la atribución, legalmente descrita, de las facultades definidas que el estado posee, y los efectos que éstas ejercen. El estado no es más que un poderoso mecanismo retórico, una variable conceptual dependiente (Nettl, 1968). Esta variable depende de la estructuración social del significado, que hoy en día tiene lugar de manera cada vez más democrática (con lo cual quiero dar a entender el hecho de que las élites han de tomar en consideración la "opinión", como quiera que ésta se forme, de un número sustancial de los miembros de la sociedad contemporánea). El proceso que interviene en esto adquiere la forma de la modalidad conversacional de estructuración del significado que se presenta en la teoría de Mead, y no la forma autoritaria y centralizada que proponía la filosofía de Hobbes. Nosotros ya no nos podemos imaginar al estado como el autor del control. Lo que sucede, en cambio, es que el estado actual es el estado del control social.

"toman en consideración" → efectiva mente "ciudadanía" decide, opina carromucho!

EL CONTROL SOCIAL SIN UN ESTADO: CUANDO, PARA ASEGURARSE, SE LE CORTA LA CABEZA AL LEVIATÁN

La obra de Michel Foucault, particularmente en *Vigilar y castigar* (1975a) y en *La voluntad de saber* (primer volumen de su *Historia de la sexualidad* [1976]), centra la atención en el aspecto pro activo y de asentimiento del poder, a diferencia de la capacidad que tiene para decir no (para ser re-activo). En ese aspecto productivo del poder interviene “un cierto tipo de relación entre los individuos” (Foucault, 1981, p. 253). Ejercer la *fuerza* sobre los individuos, obligarlos físicamente a hacer algo contra su voluntad, incapacitándolos de alguna forma, matándolos o reduciéndoles alguna parte de la libertad de que gozan, no es poder. El poder, según Foucault, es análogo a lo que he descrito como el proceso de proporcionarle al sujeto de poder los motivos para la acción. La *amenaza* de privar de su vida a las personas, o de privarlas de su libertad, o de apoderarse de sus propiedades, constituye un acto de poder sobre ellas, únicamente porque tales amenazas pasan a ser motivos para la acción (o la no acción):

Si a un hombre se le puede inducir a hablar, cuando su último recurso hubiera podido ser el de mantenerse callado, prefiriendo la muerte, entonces se le ha obligado a comportarse de cierta manera. Su libertad ha sido sometida al poder. Ha quedado sometido al gobierno. Si un individuo puede permanecer libre, por poca que pueda ser su libertad, el poder lo puede someter al gobierno. No hay poder sin una negativa o una rebeldía potencial (1981, p. 253).

Una vez que esto ha quedado claro, resulta fácil comprender la forma en que las motivaciones positivas son instrumentos de poder potencialmente mucho más vigorosos que las amenazas (las sanciones negativas). Nuestros deseos, nuestras elecciones morales, nuestra identificación con los modelos de un papel, con las imágenes, con los héroes, son ciertamente las formas mediante las cuales se nos controla. Foucault llamaba a la oferta (gubernamental) de motivos positivos el “poder pastoral” del gobierno. El poder pastoral es aquella parte del poder gubernamental que trata de “organizar” el control, y “cuyo papel es el de garantizar, sostener y mejorar constantemente las vidas de todos y cada uno” (Foucault, 1981, p. 235). El análisis del surgimiento histórico de

El poder pastoral

los poderes policiacos —como llamaban los escritores de los siglos XVII y XVIII al poder pastoral del gobierno (Foucault, 1978)— se desarrolló a partir de la perspectiva que tenía Foucault del poder, y que presentó más plenamente en sus trabajos sobre el castigo y la sexualidad.

En el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Foucault sostiene que nuestra postura cultural respecto de la sexualidad —y particularmente el tipo de postura que predominaba en la década de 1960— mucho le debe a Freud. Según Foucault, Freud de hecho descubrió una forma de controlar la sexualidad que, aun cuando se basaba en hacer ostensiblemente manifiestas la censura y la supresión de la misma, en realidad consistía en su normalización y “dispositivo”, debido a su conformación como “discurso” (1976, pp. 158-159 [pp.192-193]). Foucault observaba amargamente que: “Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello reside nuestra ‘liberación’” (Foucault, 1976, p. 159 [p.194]). Y, de manera más general:

Tanto en el tema general de que el poder reprime el sexo como en la idea de la ley constitutiva del deseo, encontramos la misma supuesta mecánica del poder. Se la define de un modo extrañamente limitativo. Primero porque se trataría de un poder pobre en recursos, muy ahorrativo en sus procedimientos, monótono en sus tácticas, incapaz de invención y condenado a repetirse siempre. Luego porque sería un poder que sólo tendría la fuerza del “no”; incapaz de producir nada, apto únicamente para trazar límites, sería en esencia una antienergía; en ello consistiría la paradoja de su eficacia; no poder nada, salvo lograr que su sometido nada pueda tampoco, excepto lo que le deja hacer. Finalmente, porque se trataría de un poder cuyo modelo sería esencialmente jurídico, centrado en el solo enunciado de la ley y el solo funcionamiento de lo prohibido. Todos los modos de dominación, de sumisión, de sujeción se reducirían en suma al efecto de obediencia (1976, p.85 [p.104]).

Así, la consecuencia obvia y fatal por Leviatán:

En el pensamiento y en el análisis político, aún no se ha guillotinado al rey. De allí la importancia que todavía se otorga en teoría del poder al problema del derecho y de la violencia, de la ley y la ilegalidad, de la voluntad y de la libertad, y sobre todo del estado y la soberanía [...] pensar el poder a partir de estos problemas equivale a pensarlos a partir de una forma histórica muy particular de nuestras sociedades (1976, pp. 88—89 [p.108]).

Este concepto negativo del poder (semejante a lo que Lemert definía como el control social pasivo), se halla en oposición al concepto productivo que elabora Foucault en *Vigilar y castigar* (1975a). Está basado en el poder de “mecanismos” que “tomaron a su cargo la vida de los hombres, a los hombres como cuerpos vivientes” (1976, p. 89 [pp.108-109]), tanto si dichos mecanismos están organizados por el gobierno, como si no es éste el caso. La exposición que hace Foucault del poder ciertamente tiene una deuda de gratitud con Nietzsche, como el propio Foucault lo ha sugerido: “Si fuese yo presuntuoso, titularía mi trabajo: genealogía de la moral” (1975b). Lo cierto es que en las disciplinas del análisis de Foucault, la mnemotecnia de Nietzsche pasó a ser más específica (Foucault, 1977; Rajchman, 1978).

En la reconstrucción que hace Foucault de la tecnología del castigo, así como en su ensayo sobre la sexualidad, el control a través del poder productivo de la sociedad (la capacidad para crear un tipo humano deseado) se opone al modelo jurídico-monárquico del control basado en la prohibición y la censura, así como a la serie de imágenes freudianas del conflicto entre las fuerzas sociales y las institucionales. Los resultados de su análisis colocaron a Foucault bastante cerca de aquellas posturas que habían asumido Bentley y Dewey, Mead y Mills. Cuando Foucault señalaba que el poder “local” y “productivo” era conceptualmente distinto del poder “de interdicción” del derecho y del estado, establecía el equivalente europeo de la crítica del “cambio social por decreto” que había sido uno de los leitmotiv de la teoría social en Estados Unidos. Según la forma en que Gilles Deleuze resume a Foucault, la microfísica del poder, de este último, era “ese nuevo concepto del poder que estábamos buscando, sin haberlo podido encontrar ni definir” (1975, p. 343). Quizá este concepto no se había buscado con la suficiente insistencia, o tal vez no más allá de las fronteras de la “nación-estado” francesa, puesto que de otro modo la aportación de los pragmáticos en esa misma dirección hubiera sido obvia (Rorty, 1982, pp. xviii, 203-208). La crítica de Foucault enderezada hacia un poder centrado en el estado era el redescubrimiento, en la Europa de mediados de los años setenta, de la vieja sabiduría de la teoría social. La popularidad de la filosofía de Foucault (y más tarde de los *nouveaux philosophes*) contribuyó a desplazar la atención desde el nivel gubernamental del discurso político hasta el poder “difuso” de la sociedad y a la “microfísica

del poder” (Walzer, 1983; Dews, 1979). A consecuencia de ello, la cabeza del Leviatán comenzó a correr peligro, aun en la Europa continental.

EL CONTROL SOCIAL MÁS ALLÁ DEL *PANOPTICON* EN LAS SOCIEDADES DE MASAS

Mediante el énfasis en el aspecto productivo del poder se rechaza la tradición marxista de la “metáfora espacial” de infraestructura/superestructura (Althusser, 1970, p. 135), y el vínculo entre la ideología y la organización social una vez más se vuelve problemático. Con anterioridad he sugerido que partamos del análisis que hace Marx de la producción capitalista y de su propósito mismo: la acumulación de capital (Melossi y Pavarini, 1977; Melossi, 1976; Melossi, 1980a; Melossi, 1980b). Según Marx, la acumulación de capital se apoyaba en la extracción de plusvalor. Tal como observaba Marx irónicamente, la extracción de plusvalor ocurre como una especie de subproducto de la producción, como un “poco de buena suerte” para el capitalista (Marx, 1867, p. 194). Sin embargo, al capitalista únicamente se le puede hacer este regalo cuando las condiciones generales y el ritmo del trabajo son los característicos de la producción en un contexto determinado. Estas “condiciones” dependen, de manera esencial, del “adiestramiento” global de la fuerza de trabajo, así como de que se mantengan unas relaciones sociales razonables, dentro y fuera de la fábrica. Las instituciones “auxiliares” —como las llamé dentro de esa perspectiva teórica neomarxista— son las que desempeñan la labor de reproducir y garantizar el mantenimiento de esas relaciones. Si estas instituciones se hallan organizadas o no bajo la égida de una ideología estatal, carece por completo de importancia, desde el punto de vista de los resultados reales. De hecho, si uno examina la historia de las instituciones carcelarias, sale a relucir una imagen algo disparatada. Sin que ello resulte sorprendente, la conceptualización legal y política del estado intervino mucho más en el establecimiento de las primeras formas carcelarias de las monarquías nacionales de la Europa continental, que en las ciudades-estado de otras partes de Europa, o que en Inglaterra (Sellin, 1944; Melossi y Pavarini, 1977, pp. 11-95 [29-132]).

Conforme a la reconstrucción de Althusser, la labor de garantizar la mecánica de ese aspecto secundario se realizó por medio de un concepto de estado. Éste le ofreció a Althusser, como hemos visto en el caso del castigo (véase el capítulo 8), una herramienta ya elaborada que ayudó al avance de la homología entre la estructura de la fábrica y la perteneciente a la prisión o a la escuela. No obstante, el problema está en que “el estado” en cuestión es una abstracción de la orientación estatal de aquellos individuos que son políticos, maestros, alcaldes y todos los demás que intervienen en el aspecto de la reproducción de ideologías. El problema de saber la forma en que cada uno de los maestros, alcaldes, políticos o capitalistas conciben esta homología y contribuyen a estructurarla a través de los canales institucionales de lo que cada uno de ellos llama el estado, es todavía un problema por resolver. Y tampoco tiene solución introduciendo el concepto de las instituciones auxiliares, como yo hice. Aun cuando podríamos aducir argumentos en favor de estos aspectos subsidiarios, el problema continúa: ¿quién hace que ocurran? Y ¿por qué? Foucault es igualmente muy vago en lo que a esto se refiere y, por lo común, recurre al “discurso” de la época. Así por ejemplo, según él, el discurso de la *disciplina* sería el discurso general de la época de la institución carcelaria, el pegamento penetrante homológico que da cohesión a todas estas instituciones.

Si queremos indagar más en esta dirección, está claro que debemos rechazar la idea de la relación entre infraestructura y superestructura, producción e ideología, fábrica frente a instituciones auxiliares —junto con las suposiciones dualistas que implican. Pero si regresamos a nuestra exposición anterior de la relación que guarda la organización social con la comunicación, como relación de empotramiento, es decir, como manera de racionalizar la organización social (véase el capítulo 8), entonces aparece una posible salida.

Para la sociología, el problema radica en identificar cuál es la agencia que lleva a cabo la labor real de darles forma a las estructuras simbólicas complejas (vocabularios, racionalizaciones, explicaciones) —así como de cerciorarse de que se prestarán a la comunicación—, que resulten adecuadas para lidiar con problemas sociales específicos. Las redes de interacción de las élites social, política y especialmente de la intelectual, ejercen influencia en la producción y la reproducción de estructuras simbólicas de esa in-

...pero, como señaló Marx, no “bajo circunstancias que elijan las mismas” (Marx, 1852, p. 595).¹ Sus vocabularios están enraizados en la práctica, porque la retórica que se utiliza en un determinado momento —la retórica, por ejemplo, del papel autónomo del gobierno, que se empleó durante el *New Deal*— no es ninguna creación repentina y contingente, como vimos al examinar ese caso (véase el capítulo 7). Es, más bien, la acumulación congelada de las colaboraciones intelectuales que se han venido pergeñando durante muchos años, y que acompañan, o para decirlo de manera más precisa, *organizan* los “conjuntos de acciones situadas” que surgen históricamente en una forma que queda reflexivamente descrita en los trabajos de los intelectuales que expresan puntos de vista generales de los agrupamientos sociales —por ejemplo, los empresarios, la clase trabajadora o el movimiento femenino— que de mejor modo caracterizan a los conjuntos recién surgidos de acciones situadas —por ejemplo, el primer capitalismo, el industrialismo o la sociedad posindustrial.²

El concepto medular de la disciplina, por ejemplo, que fue el que rigió durante la creación tanto de las fábricas como de las prisiones, surgió a consecuencia del intento por parte de las élites gobernantes, de habérselas con un problema importante de su sociedad, a saber, la transformación de las masas que habían sido expulsadas del campo, tras el desmembramiento de las relaciones sociales en ese medio, en seres humanos disciplinados en su nuevo ambiente (Spitzer, 1975; Sellin, 1944; Melossi y Pavarini, 1977, pp. 11-33 [pp.29-43]). Ésas eran las masas que, cuando no se hallaban en las calles, deambulaban por los campos y atiboraban las viviendas de las ciudades. Tal como ha advertido Braverman, pasó a ser necesario “manejar” esas masas (Braverman, 1974), pero ello se hizo, añadiría yo, de manera congruente con los valores y los intereses de las élites. Desde esta perspectiva, la forma de la fábrica fue el efecto, y no la causa, del desarrollo histórico. De hecho,

¹ Althusser señalaba que el poder de las élites no es conspiratorio, ni del carácter del que ejercen las camarillas (Althusser, 1970, pp. 163-165). Sin embargo, esto solamente lo puede explicar conforme a los cánones de la ortodoxia “superestructural” marxista.

² El concepto que presento aquí es esencialmente el desarrollo de la idea que tenía Gramsci del “intelectual orgánico” (Gramsci, 1929-1935, pp. 1513-1524), menos orientado hacia los conceptos de clase y superestructura económicas, y más generalizable.

aun en el análisis histórico de Marx, la fábrica es el *producto* de la acumulación primitiva (Marx, 1867, pp. 713-774). Y únicamente situándose en una filosofía de la historia, pudo Marx describirla, retrospectivamente, como el *telos* del desarrollo histórico. A la mitad del siglo XIX, la fábrica ciertamente aparecía como una realidad predominante. Sin embargo, no era éste el caso al principio.

En el período de transición entre el feudalismo y el capitalismo, en los orígenes de nuestra forma de vida moderna, las élites intelectuales y políticas habían marcado el mapa de la sociedad a la manera del terreno para una conquista benigna, en la cual habían de usarse las máquinas sociales, como el *Panopticon* de Bentham (1787), para disciplinar a los hombres (y a las mujeres) y hacerlos, altruistamente, a imagen de las élites (o, para ser más precisos, a imagen de la imagen que las élites tenían de sí mismas). Sólo después de ese tratamiento adquirirían el derecho a gozar de los derechos (políticos y legales) de las élites —en otras palabras, solamente después de haberse convertido en sujetos (Althusser, 1970, pp. 170-183 [pp.131-151]). En tanto que las criaturas que habían sido moldeadas por las élites a su propia imagen fuesen, desde el punto de vista de las élites, los *bons sauvages* inarticulados, bastaba con la “economía política del cuerpo” de Foucault, es decir, el adiestramiento mecánico en los hábitos del trabajo y la disciplina. Las élites gobernantes desarrollaron la maquinaria social dedicada al proceso de la civilización —literalmente, a la producción de *cives*, ciudadanos, sujetos a los derechos civiles y políticos. La etiqueta de las cortes, y posteriormente de la clase media, pasó a ser la disciplina de las cárceles, y la vida de la clase media trabajadora (Sellin, 1926-1927; Elias, 1939).

Con el advenimiento de la democracia, sin embargo, las cosas cambiaron. Las instituciones disciplinarias fomentaron la democracia —tal como han sostenido Foucault y Dumm, cada uno por su lado, respecto de las prisiones (véase el capítulo 6)—, únicamente hasta los primeros pasos de la democracia, es decir, hasta que dichas instituciones disciplinarias se consideraron medulares para el logro de la “subjetivización” (por supuesto, el saber si este tipo de institución ha sido alguna vez funcional en ese proceso, es otra cuestión, como señala Foucault al final de *Vigilar y castigar*). Hemos seguido el desenvolvimiento de este proceso de subjetivización, desde Locke hasta Rousseau, desde Hegel hasta la democracia moderna. Primero en la democracia de masas de Estados

... y posteriormente en la de Europa occidental, la estructuración disciplinaria del sujeto, a través de la maquinaria social que han descrito Althusser y Foucault, alcanzó el punto en que la mayoría de los ciudadanos pasaron a ser sujetos plenos, en cuanto a derechos y deberes. Una vez que la adopción de los derechos y obligaciones del nuevo yo se hubo convertido en un *fait accompli* entre las sociedades modernas —tras la formación de “una clase trabajadora que mediante la educación, la tradición y la costumbre considera que las condiciones del modo de producción [capitalista] son leyes obvias de la naturaleza” (Marx, 1867, p. 737)— entonces, y sólo entonces tuvo lugar una transformación en el control social. De ahí en adelante, las instituciones “panópticas” podían ser relegadas a la administración cotidiana de la población delictiva, y ya no se necesitaban como símbolos del drama del poder y el control. Debemos señalar que ésta es la manera fundamental en que tiene sentido hablar teóricamente acerca de “desencarcelamiento”, voz con la que se quiere dar a entender la pérdida de preeminencia de las instituciones “cerradas” o “totales” como instrumentos medulares de control.³

En las democracias de masas, el carácter disciplinado y racional del sujeto así como su derecho a votar, pasaron a ser hechos, y había que satisfacer las pretensiones de estos nuevos sujetos en cuanto a alcanzar el poder. El control social no tuvo más remedio que convertirse en un control social descentralizado y democrático; en otras palabras, un control social *propriadamente dicho*. El ideal de esta nueva época era el que habían presentado los sociólogos y filósofos de Chicago, quienes trataron de fomentar el ideal puritano original del *autocontrol dentro de una Commonwealth democrática* a través del desarrollo de una ciencia social que, al abordar la cues-

³ La buena suerte que han corrido los libros que critican vigorosamente a las instituciones totales, como son el *Asylums* de Erving Goffman (1961), o *Vigilar y castigar*, de Foucault, se puede considerar como una ilustración de este tipo de cambio cultural a largo plazo en las estrategias del control. Las tasas de encarcelamiento y de hospitalización por desórdenes mentales pueden haber subido o bajado, pero la pregunta que es preciso responder es la que se refiere a la importancia relativa del encarcelamiento frente a otras formas de control correccional, como por ejemplo la libertad condicional, y el aspecto más general de la “economía de control” de la sociedad (véase la siguiente sección). Después del trabajo pionero de Andrew Scull (1977), han sido muchos los que han abordado el tema del desencarcelamiento; véanse, de manera general, los artículos que figuran en Lowman, Menzies y Paly (1987); Shearing y Stenning (1984); Meave McMahon y R.V. Ericson (1987).

tión de la estructuración social del significado, ayudaría a desembrollar el conflicto y la competencia engendrados por la confusión de lenguas, semejante a una Babel. Tendría que ser dentro del ejercicio de esta nueva forma de control social donde volviese a tener lugar un intento por centralizar el desarrollo. En esos momentos, el control social giraba en torno a la lucha por el monopolio en cuanto a la estructuración del significado, y por la recompensa más codiciada: el público.

EL CONTROL SOCIAL DEL PÚBLICO

La idea de un público, así como aquella que le es afín del control social *dentro* de un público, han dado cada vez mayor expresión a la situación política de la democracia de masas del siglo XX. El público es el campo de acción macroscópico del control social. Una forma de control basada en el consentimiento —el “control social” propiamente hablando— se halla vinculada con el surgimiento de la democracia. Es una forma de control poderosa, porque produce comportamiento. En cambio, una forma de control que se base en la coacción es débil —a pesar de su arrogancia— porque no es más que una forma de censura y no posee ningún carácter productivo.

En tanto que en las sociedades democráticas de hoy, el control lo ejerce la hegemonía que tienen las élites sobre la producción de significado, en las sociedades totalitarias la antigua manera de apoyarse en el control como censura parece estar cediendo el paso a experimentos con distintas formas de control social que se aproximan, aunque tímidamente, a las productivas que privan en las democracias. En la situación en que se encuentran actualmente (abril de 1989) la Unión Soviética y los países de la Europa oriental, podemos observar, como en un laboratorio, las relaciones estrictas que se dan entre el surgimiento de unos medios masivos de comunicación más libres, un incipiente proceso de democratización y un restablecimiento del control, problemático pero al parecer real, por parte de los dirigentes socialistas más emprendedores, basado en la recién adquirida legitimación que ha producido la forma en que los medios han presentado la democracia.

Una ilustración anecdótica de este proceso se puede encontrar

en las palabras de Anna Ulyanova, una ciudadana soviética común que se movilizó, junto con otras personas, y logró la destitución de un administrador local. Le manifestó lo siguiente al corresponsal del periódico *The New York Times*: “[...] ahora sentimos que tenemos voz en cuanto a lo que ocurre en Moscú” (según nota aparecida en *The Sacramento Bee* del 3 de julio de 1988). Encontramos otro ejemplo en una entrevista que concedió Miklos Nemeth, el primer ministro de Hungría:

P.: ¿No cree usted que la difícil situación económica y la necesidad de tomar medidas impopulares harán imposible que pueda usted alcanzar la recuperación económica y la reconciliación política de su país?

R.: La democracia nos ayudará a mantener a raya el descontento [popular] que causan las voces que no podemos evitar. Repito que nuestras prioridades son la revaluación de las habilidades humanas en todas las esferas [de la vida social] y la creación de un ambiente competitivo (según nota aparecida en *La repubblica* del 27 de noviembre de 1988).

Las deficiencias de las teorías actuales acerca del estado resultan particularmente obvias en lo concerniente al concepto de estado de las llamadas sociedades “socialistas existentes” (Vajda, 1981; Bahro, 1978). En estas sociedades, en las que antes se traslapaban en alto grado los conceptos de estado, sociedad y partido político, el hecho de haber mantenido un concepto unificado y no reflexivo de estado, constituía un obstáculo formidable. En un análisis de esas sociedades, es de importancia decisiva que se sepa mirar *al interior* del habla del estado. El proceso de interpenetración de la retórica del partido y del estado, que es lo que Rudolf Bahro y Mihaly Vajda han llamado “estatificación”, había avanzado hasta tal punto, que los burócratas que en esa retórica hallaban los fundamentos y la justificación de su poder, habían olvidado casi por completo la legitimación original y revolucionaria de su estatus como los “representantes” de la clase trabajadora (Konrád y Széllényi, 1979).

Si bien, en el caso de esas sociedades la democratización tiene que luchar contra una práctica estancada del centralismo, en el caso de las sociedades democráticas es el concepto mismo de un público, el que se halla amenazado. La idea del público, tal como fue concebida especialmente en la cultura estadounidense, era la idea de una arena, de una trama de canales de comunicación, totalmente independientes de definiciones normativas. Unas cuan-

tas páginas más adelante de aquellas en las que presentaba su teoría del público, John Dewey colocaba un capítulo sobre el "eclipse del público" (1927, pp. 110-142), que había quedado oscurecido por el desarrollo de las mismas fuerzas del capitalismo que le habían dado vida. De una manera fuertemente reminiscente de Durkheim (y obviamente de Mead), Dewey llegaba a la siguiente conclusión:

Contamos, como nunca antes, con las herramientas físicas de la comunicación. Los pensamientos y las aspiraciones que son congruentes con ellas, no se comunican, y, en consecuencia, no son comunes. Sin tal comunicación el público seguirá siendo una especie de sombra y carecerá de forma, buscando espasmódicamente su yo; pero sólo capturaré y sostendrá su sombra, en vez de su sustancia. En tanto la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el público permanecerá eclipsado. Únicamente la comunicación puede crear una gran comunidad. Nuestra Babel no es de lenguas sino de signos y símbolos sin los cuales es imposible la experiencia compartida (1927, p. 142).

Unos cuantos años más tarde, en el análisis que hacía del pensamiento de Dewey acerca de la democracia y el público, Mills observaba que en el pragmatismo se hallaba la utopía de reproducir la democracia jeffersoniana bajo las condiciones de la sociedad de masas —y de ahí la importancia que Dewey y Mead le atribuían al ideal de la gran comunidad y a la comunicación (Mills, 1942, pp. 434-444).⁴ En sus escritos posteriores, y especialmente en *La élite del poder*, Mills se mostraba muy crítico con respecto a esta posibilidad. En uno de los capítulos más importantes de su libro —el que trata sobre la sociedad de masas—, Mills afirmaba que "el público de la democracia clásica" se había convertido en "un conjunto de imágenes sacadas de un cuento de hadas" (1956, p. 300).

Mills recordaba el optimismo que habían mostrado los escritores progresistas en cuanto a las posibilidades de las nuevas formas de comunicación para un mayor desarrollo de la democracia (1956, p. 311). Conforme a su reconstrucción, que me parece aún muy de actualidad, los medios de comunicación modernos ayudan a romper barreras, al unir regiones, clases y grupos étnicos. También se puede considerar que enriquecen el debate

⁴ Parsons, a su vez, acusaba a Mills de hablar "a veces [...] como un nostálgico liberal jeffersoniano" (1957, p. 202).

democrático y le dan nueva vida. La idea del público se sustenta en aquella "fenomenología de la mente" de Mead que, como hemos visto, permite la trascendencia continua del círculo de significados dentro de los cuales se halla confinado el yo de cada uno de nosotros. Pero este proceso "liberador" es exactamente aquel debido al cual los círculos más estrechos de la familia y de la pequeña comunidad se homogenizan en un horizonte de pensamiento que es el mismo para todos. El carácter conservador del pequeño poblado, que se había visto subvertido por el advenimiento de la gran ciudad, se ve reproducido en el nivel planetario de una "aldea mundial" (McLuhan y Fiore, 1967, p. 63). Según Mills, la lógica de la comunicación no puede escapar a la lógica del control por parte de las élites.

Lo que Cooley y Mead no vieron fue el hecho de que las élites trataban de lograr que el papel eminentemente subversivo que desempeñan los nuevos medios de comunicación dentro de la democracia, se volviese manejable estructurando estos medios de tal manera que sus mensajes no contradijeran radicalmente la ideología hegemónica de la sociedad. Esto tenía lugar, en gran medida, a través de la centralización —la cual, ya fuese "pública" o "privada", siempre daba origen a medios "responsables". Puesto que el establecimiento de significado en interacción es siempre un significado para cierto auditorio —en este caso un auditorio de masas—, el público de los medios masivos es el receptor de un mensaje uniforme, centralizado y estandarizado, que ha pasado a ser absolutamente hegemónico en el ambiente cultural, por razones meramente cuantitativas. Por consiguiente, en la sociedad de masas el proceso del control social se ha convertido, en gran medida, en el que le proporciona al público los medios de masas, motivos de acción prefabricados y estandarizados. Por supuesto, el mensaje proveniente de dichos medios puede ser, a su vez, múltiple y plural, pues puede corresponder a una pluralidad de remitentes de mensajes. Y también permite diferenciar a los auditorios. Sin embargo, parece ser una "tendencia central" la que caracteriza el funcionamiento de los medios masivos, y sólo ciertos públicos especializados que se hallan hacia los bordes, reciben mensajes que se "desvían" respecto de esa tendencia. Además, se abren enormes posibilidades para el abuso y la manipulación (1956, p. 317). Las conclusiones a las que llegaba Mills son muy desalentadoras: